

Secadero de Schaqui

El secadero de frutas estaba ubicado frente a la plaza Islas Malvinas, en la localidad de Schaqui. Fue construido por don Isaías De la Fuente en la década del 60, un hombre visionario para la época, ya que aprovechaba la luz y calor del sol para industrializar la producción de los minifundistas de Los Sauces (uva, durazno, higos). Este emprendimiento permitió dar trabajo a los hombres de la zona y especialmente a las mujeres. Los pequeños productores transportaban el fruto de su trabajo en carretas tiradas por burros, mulas o bueyes, solo algunos en camiones.

Uva: La uva pasaba a las bandejas de manera que luego se tendían al sol en soportes de madera o alambre. Este trabajo era realizado tanto por hombres como por mujeres. Luego de 4 días los obreros tenían la tarea de dar vuelta uno por uno los racimos a efectos de lograr un secado parejo de la fruta.

Una vez que la uva se convertía en pasa era llevada a la máquina que cumplía dos funciones; despallillar y tamañar la pasa. Luego era lavada y brillantada, se la ponía en cajas de madera de 10kg previamente envueltas en papel celofán. Seguidamente se la transportaba hasta el ferrocarril para ser vendida a otros lugares como la ciudad de Buenos Aires.

Durazno: La fruta que llegaba al secadero y de inmediato a la caldera que contenía agua caliente con soda caustica, este proceso permitía sacarle el pellejo. Luego se lo ponía en bandejas a secarlo al sol, con el objetivo de convertirlo en pelón. Una vez obtenido el pelón pasaba por un proceso de brillantado y que a la vez no permitía que se descomponga en el corto plazo.

Descarozado: Para obtener el descarozado se seleccionaba los pelones de mayor tamaño. Luego se le extraía el carozo con una maquina manual llamada descarozadora.

A continuación se lo tendía unos días al sol, finalmente al igual que los pelones, se los embalaba en cajas de madera envueltos en papel celofán para su transporte y posterior venta.

Higos: Los higos se secaban al sol para obtener las pasas, luego también eran transportados en el ferrocarril y vendidos.

Al pasar de los años este emprendimiento fue desapareciendo paulatinamente. Hoy solo quedan las ruinas del obrador y la memoria de las personas que allí trabajaron y que aún

viven y los hijos de aquellos jornaleros que recuerdan como en este caso Ramón Alejandro Córdoba.